

**Homilía pronunciada por el P. John Pietropaoli, L.C. en la Basílica de
Nuestra Señora de Guadalupe y San Felipe Mártir.**

30 de noviembre, 2018.

Estaba leyendo un autor que decía que en Dios no es que hay coincidencias, sino que hay dimensiones de su providencia amorosa sobre nosotros que todavía no hemos entendido. Y estaba reflexionando en esta misa sobre algunas coincidencias que no son coincidencias. Ante todo tenemos el evangelio de hoy, la llamada de San Andrés apóstol. Hoy celebramos también la asamblea general de Regnum Christi en la cual estamos profundizando en este don tremendo de Dios que hemos recibido cada uno. Y también hoy tenemos la alegría de acoger a un nuevo miembro de Regnum Christi. Y no sabemos si Usted, Gail, va a incorporarse o adherirse o asociarse o lo que sea, pero estamos muy contentos de acogerle. Quisiera reflexionar brevemente sobre tres dimensiones de la llamada de Cristo, las cuales están presentes en el evangelio cuando el Señor llama a San Andrés, cuya fiesta celebramos hoy, pero que están presentes también en la llamada de Dios nosotros. Estas son espiritualidad, comunión, y misión. No me las inventé, las leí en un comunicado de la oficina de prensa.

Espiritualidad, la primera, es la llamada de Cristo de entrar en una profunda relación de amor con él. Nos llama a cada uno por nombre a entrar en esta relación con él. Me acuerdo del primer retiro que hice con los legionarios, y el padre hablaba sobre una relación personal con Cristo, y pensé, ¿no son los protestantes que hablan de eso, nosotros católicos podemos tener esto también, una relación personal con Cristo? Y me acuerdo de cuánto me impresionó y cuánto me atraía esta relación personal con Cristo, una intimidad cada vez más profunda. Y esto es lo que sucede en el evangelio de hoy. Andrés está ahí, tirando las redes, Jesús camina al lado del mar de Galilea. Me parece interesante reflexionar sobre esta escena y su relación con el libro de Génesis, cuando el espíritu de Dios está sobre las aguas. Aquí tenemos la Palabra de Dios hecha carne preparando su nueva creación, llamando a los apóstoles a participar en ella, al lado de las aguas del mar de Galilea. Y mira a Andrés personalmente, y lo llama. La palabra que se usa en griego quiere decir que le miró detenidamente, no le miró como alguien que echa una mirada superficial, buscando un pescador cualquiera. Le miraba mucho tiempo y lo llamó. Imagínense el poder de la mirada de Cristo, el poder de esa mirada, que hermosa tenía que ser. Seguramente Andrés meditaba sobre esta mirada durante toda su vida. Creo que Santa Clara de Asís expresa esta experiencia muy bien en una de sus cartas cuando escribió, ‘Gracias, Señor, por pensar en mí, por mirarme,

por amarme, por llamarme.’ Esta es la dimensión de espiritualidad de la llamada, una profunda relación con Jesucristo que debe crecer durante toda nuestra vida.

La segunda dimensión es la de la comunión. Jesús nos dice, ‘sígueme’, pero no nos dice ‘sígueme a solas’, él no vino a crear una fortaleza de soledad en la tierra sino a crear una nueva familia de Dios. Entonces llama a Andrés a esta comunión, con Pedro, Santiago y Juan. Él nos da el mandamiento de amarnos unos a otros como él nos ha amado, y lo podemos con el poder de su amor en nosotros. No es siempre fácil, lo sabemos, pero tampoco fue fácil para Andrés. Piensen en los apóstoles. Piensen en San Pedro, él fue el hermano de Andrés, sin embargo ellos seguramente tenían sus dificultades. O piensen en Santiago y Juan que querían hacerse con el mejor lugar en el Reino. O en Simón el zelote, un revolucionario que se juraba luchar contra los romanos y sus aliados hasta la muerte, que se encuentra en el mismo grupo con Mateo el publicano que fue visto como colaborador de los romanos. Imagínense las dificultades que ellos tenían, la relación de ellos dos o cuando se encontraron por primera vez. Pero con el poder de Cristo podían entrar en una profunda comunión entre sí.

Y por último, la misión. Jesús nos dice ‘Sígueme y los hare pescadores de hombres’. Está diciendo, ‘vengan y compartan mi misión, mi misión de compartir el amor de mi padre con todos, de llevarles a la plenitud. Y de hecho no sabemos mucho de San Andrés, excepto que llevaba muchas personas a Jesús, primero a Pedro en el evangelio de San Juan, después en el mismo evangelio trae a los griegos a Jesús. Según la tradición fue crucificado y duró dos días en la cruz, y durante ese tiempo seguía predicando, seguía llevando el evangelio a muchas personas desde la cruz. Esta fue la experiencia profunda del Señor que le llevó a su misión, a un profundo deseo de compartir lo que había recibido con los demás.

Y Jesús renueva la llamada que nos hizo cada día. Eso es lo hermoso de Cristo. Cuando nos llama no hay ‘non placet’ o ‘placet iuxta modum’ con él, solo ‘placet’. Nos llama constantemente cada día, especialmente en la misa. Es aquí en la misa donde nos invita a entrar en una relación más profunda con él, en una relación que nos da la vida. Él nos pide, nos llama, nos invita a la comunión con los demás al darnos su Cuerpo y Sangre, y nos llama a la misión, nos envía para que otras personas puedan experimentar su amor, para que tengan vida, y la vida en plenitud.